



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

# Agora

DE PAPEL

# El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 5 DE AGOSTO DE 2018

Olga de León / Carlos Alejandro

## Pequeño homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer

CENIZAS DE RESURRECCIÓN  
CARLOS ALEJANDRO

Esta es una historia que ocurrió hace muchos años; qué digo años, hace siglos, cuando el mundo respiraba con una respiración profunda y la humanidad alcanzaba a ver el cielo arenoso de estrellas. Por aquel entonces, Maese Guillom dirigía el coro de la Iglesia de Santa Úrsula y ocupaba la mayor parte de su tiempo de descanso, no en rezar, sino en componer su gran Miserere en latín, cuya música no podría ser descrita por mí, sino por la inmensa poesía de Gustavo Adolfo Bécquer, que es a su vez igual al canto simultáneo de serafines y aves, como voces translúcidas, reflejo de la luz del brillo del sol en los candelabros, puertas abiertas para la majestuosidad, temblor armónico de unos labios que besan a la amada, respiración de peces bajo el mar, que logra lo imposible para el hombre, más allá de ir a poblar otro planeta.

La historia me la contó el viejo abad de la aún existente Iglesia de Santa Úrsula, construida en tiempos de los Caballeros Templarios. Sucedió una madrugada de Domingo de Resurrección, cuando los bosques llaban el dolor del calor desértico sufrido durante el día, y al anochecer se alegraban con la pureza del ligero canto de pisadas sobre las hojas secas, caídas de los árboles.

Hacía años, ¡qué digo años, siglos!, que en Santa Úrsula se escuchaba el Allegro de Maese Guillom durante las celebraciones del Domingo de Resurrección. Los coristas leían directamente de los manuscritos originales, pues los habitantes de la abadía prohibían cualquier copia del Allegro, lo cual estaba ligado al recuerdo que guardaban junto a las reliquias de Maese Guillom: las Cenizas de Resurrección.

Al momento de su muerte, Maese Guillom había dejado dos manuscritos junto a su cama. Su Miserere y el Allegro. Luego arribó a Santa Úrsula un Director de Capilla sustituto, quien descubriendo la belleza de la música inscrita en los papeles dejados por Maese Guillom, quiso copiarla con su propia mano, por si un día dejaba la iglesia que por ahora era su hogar, pudiendo así llevar consigo el dulce tesoro ensordecedor de aquel sitio.

Cada noche, al comenzar Laudes en la Catedral, el nuevo músico se introducía en la celda que antes fue de Maese Guillom para tomar los manuscritos y, a la luz de una vela, con tinta daba vida a la música en una nueva página. Las incursiones secretas a la celda de Maese Guillom duraron varias semanas, hasta que el fuego hizo su aparición.

La noche previa al famoso Domingo de Resurrección, un viento helado entró por la rendija, animando la danza vertical del fuego que brotaba de la vela, haciéndola girar de arriba abajo y de un lado a otro, provocando que el cirio cayera sobre el papel y sotana del músico. Mientras en ese momento, en la Catedral, asistían a la misa los padres de



Santa Úrsula, la celda de Maese Guillom se alimentaba de llamas, exhalando un humo ciego que se confundía con el cielo, pero que alcanzó a verse hasta la propia catedral.

Para cuando los sacerdotes regresaron a Santa Úrsula, vieron atónitos que la celda de Maese Guillom había contenido el fuego, impidiendo que se extendiese más allá del techo y las cuatro paredes. El manuscrito original y la copia inacabada se encontraron intactos, pero las ropas grasientas y el cuerpo ancho del nuevo maestro de música habían sido totalmente calcinados, convirtiéndose en arena seca. Las cenizas fueron recogidas por los hermanos de Santa Úrsula y colocadas entre las reliquias de Maese Guillom. Y desde entonces son presentadas a todo visitante y a todo aspirante a maestro de música, en Santa Úrsula, como las Cenizas de Resurrección.

EL MISTERIO DE SAN SEBASTIÁN  
OLGA DE LEÓN

Llegó al pueblo una noche de tormenta, apenas si su figura se perfilaba sobre las calles y muros iluminadas por una tenue luna. Tocó en el portón de la iglesia. Nadie acudió a su llamado, así que tras tres repetir la acción, se sentó a un lado del pórtico viendo la cruz que estaba al frente de la iglesia.

Esa noche oscura lucía un definido y penetrante negro: ni una estrella brillaba en el firmamento; parecía como si las luces propias de los astros tuvieran miedo y se hubiesen escondido atrás de las nubes y los altos cerros. La mañana apareció... llegó con un frío gélido... El peregrino se levantó medio empapado y titiritando de frío, pero agradecido con el primer rayito del sol que se dejó caer sobre su cuerpo, poco a poco calentándole espalda, pecho, brazos y manos, así, empezó a sentirse vivo.

Volvió a tocar a la enorme puerta de madera sólida y fuerte, que a pesar de estar un tanto maltratada por el tiempo, por el efecto de los vientos helados, las

torrenciales lluvias y los rayos intensos del sol que cada verano caían sobre ella, como si les gustara más que ninguna otra puerta, era esta un portento de entrada al templo. Finalmente alguien la abrió.

- "Soy el organista que el párroco de esta iglesia está esperando, en sustitución de Jonás, recién fallecido.

El acólito que lo recibió, asintió con la cabeza y lo hizo entrar. - Espere un momento, iré a avisarle al santo padre. Y se retiró, no sin antes indicarle en dónde se sentara. Había llegado solo, sin que nadie más supiera ni de su partida ni del rumbo que seguiría; en el trayecto, nadie lo saludó ni vio: como si fuera invisible. Pero, él sí vio algunas sombras -era lo que podía verse en esa noche tan oscura- que le parecieron conocidas.

El hombre no se quedó sentado; recorrió la nave del templo, toda su parte baja y luego, subió hasta adonde suponía que estaba el órgano. Y, allí estaba, sin que él se atreva a tocarlo, pero sí a acariciar su cuerpo de madera fina y pasa sus dedos sobre las teclas, sin hacerlas sonar, era como un acercamiento primero con el alma del instrumento. Luego bajó y volvió a donde se le había indicado que esperara. Se quedó allí, ya más calmo.

Minutos más tarde llegó el sacerdote principal, el responsable de la iglesia de San Sebastián, acompañado por el acólito. El peregrino giró su cuerpo y descubrió el rostro que había mantenido oculto tras la capucha de su gabán, dejándola caer sobre la espalda. El Santo padre empieza a temblar de manos, piernas y cabeza. Mira atónito al hombre, y asido de sus manos al barandal de madera que une los respaldos de las bancas, la última en este caso, en la que estaba sentado el organista recién arribado, logra exhalar un suspiro y no caer de rodillas ante él.

El organista sustituto esperó a que el cura se repusiera del impacto sufrido, y se acerca para ayudarlo a que tome asiento, al párroco. Todo lo hizo tras solicitar su permiso para acercarse y ayudarlo a recobrar.

- ¿Quién eres? - Preguntó con débil voz, el padre. - ¿De dónde vienes? ... y, sacando de entre sus ropas un crucifijo bendito que siempre llevaba con él, se lo mostró acercándose al rostro.

- Este sonrió sin mayor inflexión en su voz, y contestó:

- Soy el hermano gemelo del que hasta hace tres días fuera en vida su organista. Y vengo por encomienda de él, que me visitó en un sueño la noche de ayer y me ordenó: -Ve y preséntate ante su eminencia de San Sebastián y dile que estás para servirle como organista... Y que lo harás hasta que Dios Padre reclame tu presencia en su Santo Reino.

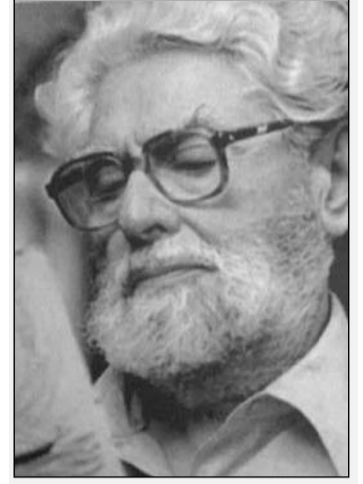
- Y aquí estoy, para servir a vos y... El padre, que no salía de su asombro, ahora más asustado aún, dijo: -déjame ver tus manos, que por ellas reconocí siempre, a Jonás. Pues no te creo eso de que, dos días después de muerto, te haya dado tal aviso.

- Seguro fue su espíritu, preocupado porque nadie desconocido toque el órgano que tanto amó. Así que a medianoche, -contaba el hermano- me desperté y vi una sombra pegada a la ventana por donde entraba de lleno la luz de la luna: era él. No sabía que ya hubiese muerto; pero él me lo anunció y me mandó que no me asustara, que no era el diablo, sino un espíritu bueno. Y lo escuché como si estuviese vivo.

- Él no sabe de tu existencia, me dijo; pero tú le explicas, y allí te quedas: que nadie podrá tocar el órgano, como yo: ¡cuál cánticos de ángeles!

Entre crédulo e incrédulo, el cura lo escuchó. Pero, he aquí que en cuanto pudo ver las manos de aquel aparecido, el padre comprende que había charlado con un muerto: su organista. Quien no se iba del mundo, pues deseaba ser solo él quien tocara el órgano de San Sebastián.

Y, desde ese día, el órgano cobró nueva vida: nadie en celebraciones especiales estaría tocándolo, mas su teclado se hundía armónicamente y los pedales igual: como si fueran seres celestiales quienes lo hacían sonar.



Francisco Coloane

Novelista chileno que perteneció a la llamada Generación de 1942, grupo a mitad de camino entre las tradiciones narrativas y la renovación que se produjo en la década posterior. Si Salvador Reyes es el narrador del mar, Francisco Coloane es el novelista del sur. Incorporó a la literatura nacional los paisajes, el mar y las aventuras de la zona austral. Su novela El último grumete de la Baquedano (1941) es tal vez la más leída de Chile.

Se formó en el puerto de Punta Arenas, donde además inició sus incursiones en el periodismo con una columna titulada "Desde el Minarete", que firmaba con el seudónimo de Hugo del Mar. Sin embargo, no pudo finalizar sus estudios a causa de la prematura muerte de su madre.

Inició entonces un camino laboral que le llevó a ejercer varias profesiones propias de la región austral: marinero, pastor y cazador de lobos marinos. Después se alistó en la armada y formó parte de una expedición del buque-escuela Baquedano. De esa experiencia surgió su primera novela, El último grumete de la Baquedano, escrita en quince días, que se publicó en 1941.

También de 1941 es Cabo de Hornos, una recopilación de catorce relatos que fue prologada por Mariano Latorre. Ya en estas obras iniciales se reveló como un prosista sobrio, equilibrado y vigoroso, cuya narrativa fluía entre los grandes y solitarios espacios de la naturaleza austral.

Posteriormente publicó nuevas recopilaciones de cuentos, como Golfo de penas (1945), y la novela corta Los conquistadores de la Antártida (1946), e hizo una incursión en la dramaturgia con La Tierra del Fuego se apaga (1945), obra que denuncia los problemas de la región y que fue llevada al cine en 1955 por el director Emilio Fernández. Paralelamente a su trabajo de escritor, desempeñó funciones en el Servicio Nacional de Salud como educador sanitario y redactor de la revista y el boletín de la institución. En 1958 viajó a la Unión Soviética y China y publicó el libro de crónicas Viaje al este. En 1963 apareció El camino de la ballena, novela que relata las peripecias del protagonista, Pecho Nauta, en aguas magallánicas.

Entre sus últimos libros destaca Rastros del guanaco blanco (1980), obra que algunos críticos consideraron como una parábola de Chile bajo la dictadura de Augusto Pinochet, aunque fue también una denuncia del exterminio étnico y de la fauna en Tierra del Fuego. Precisamente una de sus últimas apariciones en público, poco antes de su 90 cumpleaños, fue en ocasión del estreno cinematográfico de la película Tierra de fuego, del cineasta chileno Miguel Littin, inspirada en la novela homónima del autor. En 1997 el Gobierno francés le nombró Caballero de la Orden de las Artes y las Letras. Sus memorias aparecieron bajo el título Los pasos del hombre (2000).

ad pēdem literae

"No hay nada que pueda quitar la libertad a un hombre salvo otros hombres. Para ser libre, un hombre debe ser libre de sus hermanos."

Ayn Rand

Letras de buen humor

"Y mis padres por fin se dan cuenta de que he sido secuestrado y se ponen en acción rápidamente: alquilan mi habitación."

Woody Allen

Joana Bonet

## La pereza, esa gamberra

No sabemos exactamente qué repara el verano, pero lo aguardamos con fe, como si con él resucitáramos a trozos. Perder el sentido de la urgencia, ese es el mandato interior y a la vez el desafío, al igual que desocuparse y despreocuparse. Pensar las vacaciones equivale a proyectar la felicidad, una quimera imposible de sostener a largo plazo pero lo suficientemente coqueta para dejarse seducir a sorbos. El filósofo Ismael Grasa escribe en su delicioso libro La hazaña secreta (Turner), que "lo que quizá haga valiosa nuestra esperanza es que no tenemos ninguna razón para tenerla".

Esta semana, un compañero publicista me contaba que él trabaja el doble en julio porque es el mes del año en que obtiene mejores resultados: "Ya se sienten con los pies en la arena, y con esa euforia es imposible decir que no. Por eso se alcanzan acuerdos con mayor facilidad. Es la excitación del fin de curso". Julio es hoy un nuevo diciembre; las empresas cierran el primer semestre, anticipan cifras para terminar el año y aquilatan presupuestos. Se trata de una

sensación parecida a llegar a la mitad del trayecto. Y, en nuestra eterna contradicción, corremos para poder parar, y nos subimos el ánimo para desmayarlo en cuanto apaguemos el teléfono.

¿De dónde viene esta dicha? ¿Qué tipo de ingenuidad altera los sentidos? Repetimos histriónicos "¡no puedo más! Suerte que sólo me quedan tres días...", conscientes de que rozamos el límite de la extenuación y de que nos multiplicamos de forma absurda sin que nadie nos lo pida. Las vacaciones son la promesa postergada, los tártaros del desierto de Buzzati que nunca llegaron, el esperado Godot, la representación de todo aquello que aguardamos largo tiempo y que luego pasará por encima de nosotros en un instante, desvaneciéndose sin que apenas lo saboreemos.

"Respondamos a la ambición que ella misma es la que nos hace apetecer la soledad" aseguraba Montaigne. Vivimos todo el año luchando contra lo que ahora deseamos: la pereza, el más light de los pecados capitales. "Repugnancia al trabajo", dice el diccionario. Vicio que aleja



del trabajo y del esfuerzo, flojedad, descuido o tardanza, negligencia, tedio o descuido, indolencia. Dejarse mecer por las horas sin buscar ninguna acción-reacción en las cosas. Mientras el resto de pecados pertenecen a un esquema de rudimentaria psiquiatría acerca de neurosis o conductas alteradas, la pereza no embiste contra el mundo y carece de tintes diabólicos. Es abandono y renun-

cia, con una aceptación casi mística del no hacer nada. Si acaso, cerrar los ojos e imaginar todo aquello que podría suceder. No despegarse de las sábanas, desderezarse lentamente, recuperar el verbo ronronear, sentir la corriente de aire que entra por la ventana, celebrar el desentendimiento con las horas. Las vacaciones, esa estación intermedia entre el sueño y la vigilia.